



Arvelo, Alberto R. Y todavía el viento

Ediciones Actual - ULA, El otro el mismo: Mérida, Venezuela. 2011.
ISBN: 9789806523746. 138 pp.

Rowena Hill

(UNIVERSIDAD DE LOS ANDES, MÉRIDA-VENEZUELA)

Esta edición recoge los dos poemarios de Alberto Arvelo, *Poemas de enero* y *Laguna*, publicados en 1975 y 1983 respectivamente en ediciones privadas y hace mucho tiempo agotadas, y les suma *Poemas del Atardecer*, experiencia de escritura que data de los primeros años del siglo actual, mientras el poeta se retiraba de la vida activa.

Los intereses de Alberto Arvelo Ramos se extendían a muchas dimensiones de la actividad humana. Dentro de su horizonte cabían ampliamente la docencia, la literatura, la música, la política y la filosofía. Hijo del poeta, político y diplomático Alberto Arvelo Torrealba, gozó de una infancia con muchas libertades en el seno de una familia culta llanera y en contacto con los espacios y las tradiciones del llano; vivió años formativos (los del liceo) en Roma; participó en el idealismo y el riesgo de la guerrilla, antes de dedicarse al estudio

Recibido: 03/03/2011 - Arbitrado: 24/03/2011 - Aceptado: 24/03/2011

y luego la enseñanza a nivel universitario de la filosofía, en particular la estética. Siguió entregado al proyecto de la izquierda, siendo uno de los fundadores del MAS. Escribió libros sobre temas de la cultura tradicional y creó un festival de violín popular. A todos estos intereses (y otros que faltarían por enumerar) se entregaba con entusiasmo y discriminación. Desplegados, cubren una extensión vivencial muy amplia, animada por su energía excepcional.

Como un rayo que atraviesa ese horizonte vital de Alberto Arvelo, una dimensión esencial que convive con él, a veces patente a veces retirada, se revela su devoción a la poesía. El “centro quieto” que es la poesía, el momento atemporal, no es sólo un asunto de palabras que se estremecen y reacomodan para recibirla, sino que se encuentra también en la experiencia diaria y en esferas del pensamiento. Para los inspirados, ella puede estar presente siempre. Otros la buscan y la encuentran en lugares donde parece concentrarse, puede ser por obra de la devoción de muchos, como en galerías o templos, o justamente en ausencia de elementos que interfieren entre la mente sensible y la naturaleza, la tierra que es su cuerpo porque es fuente primera de las metáforas que la constituyen.

La añoranza de Alberto Arvelo por esa esencia, más allá de dudas y conflictos, se manifiesta en su interés por un texto como *El matrimonio del cielo y el infierno* de William Blake (al cual dedicó un libro, editado por la Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes, 2010) donde el poeta metafísico inglés concilia, por la intensidad de su visión, las fuerzas del bien y el mal. La fascinación por la música apunta a la misma necesidad de un lenguaje de resoluciones. Y la exaltación del proyecto de vida y arte del artista-arquitecto del páramo Juan Félix Sánchez (Arvelo escribió el texto del libro sobre el tema, hecho por el Grupo Cinco y editado por el Banco Provincial en 1981) corresponde a un momento en que la poesía se le hizo realidad tangible en un ambiente preciso.

Antes Arvelo había plasmado en *Poemas de enero* la descripción –en fragmentos– de una estación en contacto con esa dimensión total del ser, más allá de los límites del yo y de cualquier convención de interpretación de la experiencia: “Quién si somos el viento/ hundidos, perdidos, transparentes/ puede mirar el viento?”. Como escribiría más tarde (en *Laguna*), “el amor fue el pretexto para el encuentro lacerante”. Quizás todo amor intenso en ese sentido es un “pretexto”, como el amor puede ser utilizado (lo hace Rafael Cadenas en *Amante*) como metáfora del anhelo por la totalidad poética. Los de Arvelo son indudablemente poemas de amor; pero es evidente que el estado despojado y balbuciente que propicia ese amor –los poemas son “dolorosos trozos de habla”– es al mismo tiempo algo más fundamental, que para darle un nombre podemos llamar místico. En Arvelo esa vivencia se convierte también en una lucha contra los límites del lenguaje y su dependencia de una tradición particular, como declara en una sección final del libro, que constituye un Ars poética, fugaz quizás pero en el contexto iluminador: La poesía debe buscar “el sentido vivo, el que sólo se desnuda ante el paisaje total de lo no dicho”.

Amore e morte nuestros son amores y muertes de indios, de negros, de árabes, antes que de castellanos. Hay una tenebrosa conciencia de nosotros que no se sabe a sí misma y que debe, desde ahogos, convertirse en habla total. La poesía de aquí tiene que ser eso, balbucir la vida distinta, la nueva vida, que es justamente la vieja que nos han venido quitando.

En este proceso lo primario será los ritmos

Laguna, el segundo libro de Alberto Arvelo, abre con un encuentro directo con la fuerza de despojamiento de la naturaleza, en

una de las “soledades más puras de la tierra”, el páramo remoto donde vivía Juan Félix Sánchez. En algunos poemas de este libro, el profundo acercamiento a la naturaleza que caracteriza –en formas diferentes– la obra de dos poetas de su propia familia, el padre Alberto Arvelo Torrealba y la tía abuela Enriqueta Arvelo Larriva, se hace todavía más íntimo, más depurado de narrativa o diálogo sentimental, más apartado de un yo que reflexiona. El poeta se identifica con el páramo y de allí surgen las palabras inmediatas, livianas, pulcras para nombrarse. “Se me caen los dedos al mediable”; de su condición irrumpe de manera sombría la siguiente confesión: “En momento extremo de mi reino/ voy a confesar que algunos de mis asesinos/ me han asesinado demasiado adentro”. En otros textos parece que acepta y casi justifica su destino. En el primer “poema del atardecer” (que tiene ecos –como otros del conjunto– de un poema de la tía Enriqueta Arvelo Larriva), pide al Dios que en este libro nombra: “Que yo sea/ hueco en el hueco”.

Parece también que a momentos en estos poemas Arvelo vuelve a entrever la pureza, la realidad absoluta, de las lagunas: “Ahora sé por qué/ rocas furiosamente negras. / Ahora sé/ por qué el azul/ me asesina.” Sería consolador poder creer que mientras su cuerpo desfallecía su espíritu andaba vagando entre las nieblas livianas, las rocas, las matas recias, en la orilla de un agua negra y transparente como joya abisal. Con la brisa que le limpiaba las limitaciones.

Aunque nada sabemos de la conciencia que tenía de sus últimos días, podemos creer que ciertas experiencias, las más intensas, las más lúcidas, donde nos invade ese rayo esencial que también es la poesía, persisten en una dimensión fuera del tiempo, no se pueden borrar. Es lo que conocemos de eternidad. De alguna manera Alberto Arvelo vivía y vive, ahora y siempre, entre esa soledad gozosa del páramo remoto.